



ros y á los diputados de las ciudades, que tomaron asiento al lado de los barones eclesiásticos y legos. Pero murió al año siguiente en la batalla de Evesham contra el príncipe Eduardo, hijo primogénito de Enrique III, el cual

murió cinco años despues, dejando el trono á su hijo Eduardo I, que reparó los males causados á Inglaterra durante el reinado de su padre.

CAPÍTULO IV

Tentativas para restablecer el predominio del Cristianismo en Oriente.—Las Cruzadas (1).

Los monumentos cristianos del siglo III revelan ya el amor y el fervor piadoso que impulsaba á los fieles á visitar los Santos Lugares que el Señor habia recorrido durante su vida mortal, llenado con sus beneficios, y en donde habia sufrido la muerte para dar la vida á la humanidad. Estas santas peregrinacio-

nes eran, sin embargo, poco frecuentes, porque las condiciones exteriores en medio de las cuales vivian los cristianos, las hacian casi imposibles. Pero despues que Constantino declaró que el cristianismo era la religion dominante del imperio romano, cuando su piedad, y la de su madre Elena, haciendo de la Ciudad Santa el objeto de su particular solicitud, la adornaron con templos espléndidos, y el culto cristiano se desplegó en ella con toda su magnificencia, los fieles corrieron en tropel á Jerusalem desde todas las partes de la tierra, sin que nada bastára para contener el ímpetu de su piedad, hasta el momento en que la Ciudad Santa cayó en poder de los mahometanos. Hasta los mismos primeros califas miraban con mucho respeto á Jerusalem, porque honraban á Abraham y á los antiguos patriarcas, y consideraban á Jesucristo como un profeta divino. La instintiva tolerancia de los califas con los cristianos, fué posteriormente favorecida por las ventajas intelectuales que los griegos proporcionaron á los musulimes. Cuanto más se estrechaban las relaciones de los mahometanos con los cristianos, tanto más florecieron las artes y las ciencias, especialmente desde Harun-al-Raschid, y ménos se incomodó á los cristianos de la Ciudad Santa en el ejercicio de

(1) J. Bongars, *Gesta Dei per francos, sive orientaliū expeditionum et regni Francorum hierosolymitani historia* (ab. ann. 1095-1420), à variis sed illius æri scriptoribus litteris commendata. Hanoviae, 1611, 2 tomos en un vol. in fol.—(G. T. Lotholz, *Commentarius de Bongarsio singulisque ejus equalibus*. Weimariae, 1857).

Coleccion de los historiadores de las cruzadas, publicada bajo los auspicios de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. *Historiadores occidentales*, Paris, 1841-1844, 1859-1866; 3 tom. in fol. (Los tomos I y II, contienen á Guillermo de Tiro y sus sucesores, hasta 1261.)

Coleccion de los historiadores de las Cruzadas, Leyes, Tribunales de Jerusalem, ó recopilacion de las Obras de Jurisprudencia vigentes en el siglo XIII en los reinos de Jerusalem y de Chipre; 2 tom. in fol.

J. Michand, *Biblioteca de las Cruzadas*, 2 vol. 1822.—Michand, *Historia de las Cruzadas*, 4.ª edicion, Paris, 1825-1829, 6 vol. con mapas y láminas.

T. Wilken, *Geschichte der Creuzzuge nach morgenland und abendle Berinchten*. Leipzig, 1807-1813, 1817-1822, 7 vol.—Wilken, *Comentario de bellorum cruciatorum ex Abulfeda historia*. Gotinga, 1798.—J. H. Petermann, *Beiträge zur Gerichte de Creuzzuge ans armen*. Quellen. Berlin, 1860.



sus devociones, las cuales se revestían de las más diversas formas. Los príncipes cristianos de los siglos VI, VII y VIII, sostenían numerosas relaciones con Jerusalén y con la Palestina; hacían ricas fundaciones, y mantenían las diferentes formas del culto sin encontrar ningún obstáculo. Estas libres relaciones, aunque con frecuencia interrumpidas, continuaron hasta principios del siglo X.

Pero días nebulosos amanecieron para los cristianos: los fatimitas, que hasta entonces habían reinado en Egipto, extendieron su dominación por la Siria y Palestina, y adoptaron para con los cristianos una línea de conducta enteramente diferente, haciéndoles sufrir toda clase de vejaciones. La visita á los Santos Lugares fué prohibida, y destruida la iglesia de la Resurrección. Este furor, no obstante, se mitigó, y amanecieron días mejores durante el curso del siglo X; pero en el XI, los turcos seldjucidas, pueblo feroz, dominaron en Jerusalén y en la Palestina, é inauguraron para los cristianos una desesperada situación. Sin embargo, el piadoso deseo de visitar á Jerusalén y sus inmediaciones, se despertaba entre los cristianos de Occidente con más energía que nunca (1). Algunos peregrinos fueron condenados á muerte; cuando los tiempos mejoraron, se limitaban á robarles, y después de haberles completamente despojado de todo, se exigía una pieza de oro al que quería entrar en Jerusalén. Lo propio sucedía cuando bandos enteros de occidentales se presentaban en Jerusalén; así es, que en 1064, Sigefredo, arzobispo de Maguncia, Othon, obispo de Bamberg, y los obispos de Ratisbona y de Utrech (2), se trasladaron allí acompañados de muchos eclesiásticos de todas clases, condes y caballeros, que componían un total de siete mil personas, de las cuales sólo dos mil pudieron

(1) W. Junkmann, *De peregrinationibus et expeditionibus sacris ante synodum claromontanam*. Vratisl., 1859.—En 1035, Roberto I, duque de Normandía, fué á pié descalzo á Jerusalén, acompañado de un pueblo numeroso. Sweyn, hermano de Haraldo, muerto en Hasting el 14 de Octubre de 1066, hizo á pié el viaje desde Flándes á Jerusalén.

(2) En este número figuraba Altmann, más tarde obispo de Passau.

volver á su patria: los restantes habían perecido en los combates, en la miseria ó en los tormentos. Las afrentas é ignominias de que cada peregrino era objeto, sublevaban todos los sentimientos cristianos.

Estas afrentas fueron especialmente manifestadas en 1093 por un ermitaño llamado Pedro Damiano, que había emprendido el viaje á Jerusalén y visto con sus propios ojos todos estos horrores. Era un hombre de una piedad profunda, de gran valor y fácilmente inflamable, y de una elocuencia seductora (1); se preguntó si no era un deber para los cristianos libertar á los Santos Lugares de una infamia tal, y no dudó que Cristo por medio de una visión le había prometido auxiliar á los que intentáran sacarles del poder de los mahometanos. Animado con nuevo ardor, comunicó sus ideas y arrastró á sus designios al patriarca Simeón de Jerusalén. Á su regreso de esta ciudad, Pedro se presentó á Urbano II (1088-1099), á los príncipes y al pueblo, y manifestó su proyecto con mucha fuerza y energía. Ganar al papa era cosa tanto más fácil, cuanto que éste alimentaba el mismo pensamiento. No era esta la primera vez que se manifestaba entre los cristianos la idea de arrancar al Santo Sepulcro del poder de los infieles; ya el papa Silvestre lo había pensado y Gregorio VII había ido más léjos, pero el estado de los negocios no le había permitido ponerlo en ejecución. Urbano II estaba persuadido de que era necesario satisfacer los deseos de sus predecesores. Esta cuestión fué debatida en un concilio de Plasencia en 1095, en presencia de los legados del emperador griego, que excitaron á los occidentales á que fueran á socorrerles contra los turcos, y aceleraron la ejecución del plan. El concilio de Clermont (Noviembre de 1095), examinó el asunto de la cruzada en todos sus detalles, y en una gran asamblea compuesta de obispos (92), abades, duques, condes, caballeros, Urbano II pronunció un discurso que tan maravillosamente conmovió á los concurrentes, que todos unánimemente gritaron: «Dios

(1) Según nuevas investigaciones, Pedro era ménos estimado por sus contemporáneos que lo que fué más tarde.



lo quiere, Dios lo quiere.» Ademar, obispo de Puy, arrojándose entónces á los piés del papa, le pidió permiso para unirse á la cruzada, á la cual efectivamente acompañó en calidad de legado de la Santa Sede. La mayor parte de los cristianos cosieron una cruz roja á su vestido, para indicar que estaban dispuestos á sacrificarse en cuerpo y alma por Aquel á quien iban á servir. El entusiasmo era universal: ni las enfermedades, ni la edad, ni la riqueza, ni la pobreza, ni los nobles, ni el estado llano se excluían de esta expedición. Por doquier, á la primera señal, era cada uno invenciblemente arrastrado á tomar la cruz y á volar al rescate del Santo Sepulcro (1).

Si consideramos este fenómeno en sus intrínsecas causas, deberémos reconocer que es uno de los más magníficos que nos presenta la historia; tanto era lo que el fervor religioso conmovía á los ánimos. Hermoso espectáculo es, sin duda alguna, cuando el rey y la patria están en peligro ver á todos aprestarse y volar á las armas, pero es mucho más raro, y por consiguiente más magnánimo, ver á una idea religiosa producir un sacudimiento tan vasto, tan poderoso, tan enérgico. Jamás Pedro Damiano ni Urbano II hubieran podido excitar una semejante llama si por todas partes no hubiera habido ya materias inflamables; no hicieron más que dar expresión á los sentimientos mudos de su siglo y manifestar al exterior lo que agitaba todos los pechos. Atribuir las cruzadas á los refinamientos de la política, especialmente de los papas, sería probar que se carece á la vez de inteligencia y de corazón: ¡como si la astucia y la política fueran suficientes para conmover durante dos siglos á toda una parte del mundo! Se ha dicho que el entusiasmo de las cruzadas no era más que superstición, y en ésta se ha buscado la causa; la fría razón no conoce el entusiasmo ni sabe de lo que es capaz. Gratuitamente se supone que la vida religiosa no es posible sino revistiendo las formas que la vemos tiene en la actualidad.

(1) J. T. A. Plyré, *Historia de la primera cruzada*, Lyon y París, 2 tomos, 1859. H. Sybel, *Geschichte der ersten Kreuzzuges*, Dusseld., 1841. Adriano de Brimont, *Urbano II*, París, 1862, p. 243-375.

Los hombres de nuestro siglo, con su fe vacilante y estéril, se constituyen en jueces de la fe vigorosa y fecunda de los tiempos antiguos, y á fin de quitar su valor al cristianismo en sus más grandes manifestaciones, pronuncian la palabra superstición, creyendo haber explicado con ella este magnífico fenómeno. Las cruzadas, se ha añadido, son obra de espíritus ignorantes é incapaces de comprender las dificultades de semejante empresa. Nada más fácil, efectivamente, que explicar fuera de tiempo cómo hubiera sido necesario conducirse, pero es lástima que nuestros sabios no vieran en el siglo XI, para remediar la ignorancia de aquel tiempo; hoy sus críticas son vanas y de pésimo gusto. La razón profunda de este gran movimiento es preciso buscarla en el entusiasmo religioso, en el amor á Jesucristo, en el deseo de poseerle y en el espíritu de penitencia. Al decir esto, no negamos que no se mezclara más de una consideración impura y mezquina, más de una pasión vulgar; pero las más bellas acciones humanas presentan estas excrescencias, las cuales no son, sin embargo, las que producen tan nobles frutos. Por lo demás, había cosas más ó ménos reprehensibles. El carácter de los caballeros de este tiempo gustaba de esgrimir la espada, y de romper lanzas, y como este furor había sido moderado por la paz de Dios, muchos se conceptuaron dichosos por encontrar una ocasión de contentar su humor belicoso: éste era evidentemente uno de los móviles puramente humanos. No se puede tampoco negar que algunos fueron impulsados por la ambición de las conquistas y, en una esfera inferior, por la sed del botín y del pillaje, ni finalmente que algunos monjes se encontraban demasiado estrechos entre las cuatro paredes de su convento. Todo esto lo confesamos, tal es el curso ordinario de las cosas; pero invocando estos abusos no se disminuirá la grandeza é importancia de este hecho. La expedición no hubiera sido posible si un gran número de caballeros, los más piadosos, los más sabios, los más nobles, los más valientes y al mismo tiempo los más ricos de Occidente, no se hubieran puesto á la cabeza; tal fué Godofredo de Bouillon, al cual se le



puede considerar como una de las más gloriosas figuras de los caballeros de su tiempo. Conocidos son también los célebres nombres de los demás.

Grandes masas fueron prontamente reunidas, y empezó la expedición. Bandos ménos numerosos les precedieron llenos de arrojo y de ardor; pero como carecían de disciplina, vanamente perecieron. El verdadero ejército empezó su marcha en el otoño de 1096: después de muchos sufrimientos y peligros, después de combates indescriptibles y de muchas derrotas, Jerusalén fué en fin conquistada en 15 de Julio de 1099; pero no todo consistía en el rescate del Santo Sepulcro, era preciso conquistar para el cristianismo á Jerusalén, á la Palestina y á la Siria. Godofredo de Bouillon, digno de la confianza que en él se había depositado y conocido de todos por su piedad, fué nombrado rey de este nuevo reino. Un hecho que por sí sólo bastaría á caracterizarle á él, á su ejército y á su época, es que se negó á llevar una corona de oro allí donde el Señor había llevado una de espinas.

Sin embargo, por grandes y laudables que fueran los esfuerzos desplegados por el Occidente cristiano, no entraba en los designios de la Providencia que los planes del hombre terminasen con un éxito duradero: el reino de Jerusalén, con todos los condados y principados que le eran anejos, volvió á caer en poder de los infieles, á pesar de las numerosas expediciones de los occidentales á Oriente, y aunque el valor y el entusiasmo primitivos no se habían enfriado. Las causas inmediatas por las cuales la ciudad y el reino de Jerusalén no pudieron ser conservados por los latinos, son muy fáciles de enumerar. Estaban muy lejos de la fuente donde hubiera sido preciso beber la fuerza para conservar el nuevo reino, el cual, por otra parte, se componía de los elementos más heterogéneos, pues en él veían cristianos y judíos, mahometanos y hasta paganos. Los cristianos se dividieron y formaron diversos partidos: occidentales y orientales, griegos y latinos, nestorianos y monofisitas, sin hablar de las antiguas sectas, de las que se veían todavía algunos restos. Los mismos mahometanos, divididos en

fracciones innumerables, no tenían más cohesión que los cristianos. Lo mismo sucedía entre los judíos. En lugar de una masa compacta, no había por doquier más que contradicciones que el espíritu humano no podía resolver. El nuevo reino estaba además rodeado de enemigos poderosos, de reinos cuyos soberanos en su mayor parte no cedían á los príncipes cristianos en virtudes caballerescas. Los latinos, contra los cuales los griegos fomentaban continuamente el espíritu de rivalidad, se dejaron dominar por consideraciones vulgares y egoístas, conocieron pronto la ambición, la pasión por las conquistas, el amor al lucro, etc. Todas estas causas protestaban contra la duración del nuevo reino. Las esperanzas que habían sido concebidas de hacer de él el punto de partida de la propagación del cristianismo en Asia, y de echar buena levadura en la masa oriental, fueron destruidas. Honrosas luchas fueron principalmente sostenidas por las tres órdenes cristianas que habían sido fundadas en la Tierra Santa; los Hospitalarios de San Juan (1), los Templarios (1118) y los caballeros Teutónicos. Pero todo su valor fué impotente para sostener lo que estaba condenado á morir y lo que la Providencia no estaba dispuesta á conservar, y el fin del siglo XIII fué también el término de las cruzadas. Luis IX, rey de Francia, fué el último que en 1249 intentó un grande, pero inútil esfuerzo para recobrar á Jerusalén, mucho tiempo há perdida.

La causa por la cual las cruzadas justamente cesaron entónces y no duraron en lo sucesivo, se explica por la situación general de la época. La edad de oro de la edad media terminaba con el siglo XIII, y el XIV señalaba por muchos estilos una era de decadencia y de descomposición, de avaricia y de egoísmo, que no dejaba ni fuerza ni voluntad para volar al socorro del Santo Sepulcro y vengar el oprobio

(1) Ptol. Veltroni, *Statuta ordinis hosp. sanct. Johann.*, Rom., 1588; Vertot, *Historia de los caballeros hospitalarios de San Juan*, Paris, 1726, 4 tom.; Paoli, *Dell'origine ed instituto del ord. di S. Giovanni*, Roma, 1781, in 4.º; Talkenstein, *Geschichte des Johannit. Ordens*, Dresde, 1833, 2 vol.; H. Ortenburg, *Der Ritter-Orden des hl. Johannes von Jerusalem*, Regsb., 1866.



de los cristianos. En cuanto al cruzado, que se había dejado llevar por el fervor de su siglo, había alcanzado su objeto: había emprendido la marcha con sentimiento de penitencia, impulsado por la piedad, por la devoción y por una santa impaciencia; todo esto se había realizado cuando moría en el camino ó combatiendo á los enemigos. Solamente el gran deseo que la masa se había propuesto, no se había realizado: el Asia, en donde no se había fundado ningún reino cristiano, permaneció en gran parte cerrada al cristianismo. En cuanto á las ventajas de las cruzadas, la tranquilidad que proporcionaron al Occidente bajo el punto de vista político, el progreso de las ciencias, la extensión de la civilización, el engrandecimiento de ideas entre los occidentales, las ventajas materiales y comerciales, unas no son de nuestra incumbencia, y otras las examinaremos, en parte al ménos, cuando hablemos de las ciencias que fueron cultivadas por la edad media.

El islamismo no sufrió, pues, ninguna pérdida en la gran lucha empeñada entre él y el Evangelio, y conservó en Asia sus antiguos derechos usurpados. Todo lo que podemos decir es, que la conquista del imperio bizantino fué retrasada algunos siglos por las cruzadas; pero debía realizarse en el trascurso de las edades, y sucedió en el siglo XV. Constantinopla fué tomada en 1453, cuando los turcos ocupaban desde hacía un siglo las comarcas orientales de la Europa, y Andrinópolis era desde hacía mucho tiempo la residencia de los sultanes (1361). Fué, pues, en la segunda mitad de nuestro período, en un tiempo de ocaso y de disolución, cuando los mahometanos, lejos de ser derrotados en Asia, en el centro mismo de su poder, obtuvieron sobre los cristianos la preponderancia, aún en la Europa oriental. Esta pérdida se debe especialmente imputar á los griegos: separados de la Iglesia por su espíritu cismático, fueron al mismo tiempo incapaces de defenderse á sí mismos y de aprovecharse de los socorros que se les ofrecían, y se mostraban con los católicos tan hostiles como las antiguas sectas, ó como los mismos mahometanos; ninguna de sus proposiciones de paz era

séria, toda tentativa de conciliación no era más que aparente, y los occidentales no sentían ninguna inclinación para venir á auxiliarles. El cristianismo de los griegos, inerte, impotente, privado de todo atractivo interior, caía en el estado de cadáver. Es indudable que Dios hará duramente expiar á los griegos la enorme falta que cometieron en sus relaciones con la Iglesia católica: cuando comprendan bien esta falta, cuando la hayan suficientemente expiado, sentirán renacer dentro de sí la fuerza moral y religiosa que les falta desde su separación.

Por fortuna, lo que el cristianismo había perdido en Oriente, lo recobró en la Europa Occidental. Los españoles vencieron á los moros en un magnífico combate, en que solamente jugaban los intereses de la religión y de la Iglesia ya á fines del siglo XV: en 1492, el reino de Granada, el último de los reinos moros en España, prestaba vasallaje á Fernando y á Isabel. Dos millones de mahometanos quedaban todavía en España; se les intimó inmediatamente á que entraran en la Iglesia, porque no convenía á las ideas de los españoles de aquel tiempo que pudiesen abrazar el partido contrario. Nada se omitió para instruirles, pero cuando la instrucción era suficiente, no se vacilaba en emplear la fuerza, las amenazas, y aún los castigos, procedimientos todos que seguramente no eran sugeridos por el espíritu del cristianismo.

Al obrar así, los españoles obedecían desde luego á esta convicción interior, que no se conceptuarían dichosos sino cuando vieran que todos los habitantes de España pertenecían á la Iglesia; pero cedían también á altas consideraciones políticas. Los moros vencidos estaban en continuas relaciones con los mahometanos de África, á los cuales pidieron y obtuvieron socorro en su calidad de mahometanos, y varios ejércitos avanzaron hácia las costas de España. Ésta no podía, pues, conservar por mucho tiempo las ventajas que había adquirido, mientras todos sus habitantes no se hicieran cristianos. Así se explican los medios poco cristianos, empleados por la conversión de los moros; éstos, que frecuentemente no estaban